

LEVÁNTATE

En el nº 79 de las Actas del Capítulo General de 2023 leemos: “*Nosotros, religiosos del Sagrado Corazón, somos conscientes de los límites que nos atan a nuestro presente; pérdida del entusiasmo por el ‘Ecce venio’, conversión personal utópica, pesimismo sobre el futuro, actitud agnóstica, encierro en la propia seguridad, arribismo, miedo a la novedad, etc.*”

“Levántate” es una invitación a renovar las ganas de vivir que parecen habernos abandonado. “Levántate y anda”: pero si yo camino, al final ¿quién soy yo? Mientras no camine, siempre puedo aferrarme al recuerdo de una educación y formación que recibí y que considero, de alguna manera, una realidad devastadora pero segura. Si me levanto, significa que vuelvo a aceptar el reto de vivir. Mi camilla solo será un recuerdo para llevar conmigo, ya no es ella quien me lleva justificando mi inacción, sino que soy yo quien la lleva, rompiendo todo lazo de esclavitud y de falta de deseo.

Jesús viene y me dice: “¿*Quieres ser curado?*” Depende de mí elegir: sentir que me toman el pelo o que Alguien me toma de la mano.

Lectio divina Jn 5,1-18.

El lugar. Estamos en Jerusalén en el barrio ‘Bethzatha’ o Betesda (= *casa de misericordia o bondad*) dentro de un importante conjunto de piscinas construido a pocas decenas de metros del Templo. Esta obra monumental fue iniciada por el rey Ezequías (siglos VIII-VII a.C.), desarrollada con Herodes el Grande y profanada por Adriano en el año 135 d.C. con la construcción de un templo pagano a Esculapio, dios de la medicina. Los arqueólogos han descubierto los restos de un culto pagano de deidades sanadoras, en contraste con la creencia en el Dios que es la fuente de la vida.

Las piletas contenían agua que se utilizaba para la purificación del altar de los sacrificios, para el lavado de las ovejas (en griego “*probàta*”) que iban a ser inmoladas, para la purificación ritual de los que entraban en el Templo. Una de las piscinas se alimentaba de aguas de manantial considerada milagrosa en la que se sumergían a enfermos, cojos, ciegos y paralíticos.

La oportunidad. “Era una una fiesta de los Judíos”, probablemente un Sabbat (Shabat), en el que cada judío es invitado a entrar en el descanso, en el tiempo de Dios. El hombre, paralítico durante treinta y ocho años, no podía entrar en la piscina, ni en el tiempo de descanso, ni en el Templo de Dios porque a los paralíticos y a los discapacitados se les negaba el acceso. Por esta razón, se vieron obligados a permanecer en las inmediaciones. Este hombre *no puede entrar en la fiesta*, está esperando poder sumergirse en la “*berekhàh*” (piscina) con la *esperanza de sanar y obtener* la “*berakhàh*” (bendición) de Dios. Una persona es considerada bendecida por Dios cuando se sumerge en Él. Más tarde, los catecúmenos serán sumergidos en la piscina bautismal, es decir, inmersos en Cristo para injertarse en Él y vivir por Él.

Pregunta provocadora. “¿Quieres curarte?” (Jn 5,6) Con esta pregunta Jesús quiere *sacudir en profundidad al paralítico*, que ya se había acostumbrado a su lecho, acomodado en su enfermedad, prisionero del victimismo, sin esperanza y con el deseo de una curación que se le estaba escapando. Incluso Israel, en su camino hacia la tierra prometida durante 38 años, se sintió tentado de dar marcha atrás porque, decepcionado, tenía miedo de mirar hacia la meta futura, la tierra prometida. También nosotros podemos quedarnos en el umbral de la tierra prometida, como este paralítico que, a pesar de estar a un paso de la curación y de tener siempre la piscina al alcance de la mano, no podía entrar en ella.

Esperando ayuda. “Señor, no tengo a nadie (algún hombre) que me sumerja en el estanque cuando el agua se agita” (Jn 5,7). El paralítico esperaba entonces a que un hombre lo sumergiera en el estanque, ¿Cómo es posible que este enfermo no haya encontrado un alma buena que lo bajara al agua del estanque? ¿Cómo es posible que en tantos años no haya logrado sumergirse en esas aguas al menos una vez? Jesús no lo trata con ternura; no lo levanta, no lo acaricia, no lo toma de la mano. Jesús se encuentra frente a un sujeto que necesita, ante todo, salir de su condición de víctima de su complacencia malsana que impide su curación. Este paralítico no quiere tomar en sus manos la enfermedad y la posibilidad de recuperarse. Jesús lo llama a no depender de los demás, sino a hacer uso de sus recursos personales y a tener dignidad y coraje. Jesús ya no quiere que este hombre mire hacia abajo, hacia el agua que se agita, hacia las fuerzas de la naturaleza que le impiden mirar horizontes más amplios. Para nosotros, nuestro horizonte es Jesús de Nazaret, el Salvador. Él es la piscina en la que podemos bucear. Al principio el paralítico no comprende, pero en él renace la esperanza ya perdida.

Tres imperativos. “Levántate, toma la camilla y anda” (Jn 5,8). Al sanar al paralítico, el objetivo de Jesús no es solo restaurar su salud, sino restaurar su condición de *hombre libre*. Cuando el paralítico decide creer no solo en la palabra de Jesús sino también en sus posibilidades personales, en ese momento se cura. Ponerse de pie es una bendición en el momento, caminar es una bendición para mucho tiempo. ¿Por qué Jesús insiste en “*toma tu camilla*” y no le ordena que se deshaga de ella, ya que ahora es inútil? Esa camilla forma parte de su historia personal; es un objeto que le ayuda a recordar cuando era prisionero del mal para alabar al Señor de su historia personal para siempre. En Pésaj, Israel también conmemora su esclavitud y liberación. Toda liberación se vive en alegría y con alegría. Esa camilla, que durante treinta y ocho años fue el instrumento paralizante de la condena y la maldición, ahora se convierte en un trofeo de victoria, para ser levantado con júbilo y gritos de alegría y para ser mostrado a las multitudes como testimonio del milagro. Jesús es el Salvador de los más débiles, de los más abandonados y descuidados por todos.

Un redescubrimiento. Tan pronto como fue sanado, el paralítico entró al Templo para alabar al Señor; hacía 38 años que no lo hacía, debido a su condición física, la Ley le prohibía hacerlo. Ahora está sanado y purificado: “*¡Ahora has sido sanado!*” (Juan 5:14). El paralítico no sabía quién era que le había hecho el milagro; ahora, en el Templo, los dos se encuentran cara a cara. ¿Qué se dijeron? ¡Dice “*no peques más!*”! Claro. También podemos imaginar que Jesús le habló de su Padre. Un padre que tiene un papel central en el Antiguo Testamento, reconocido por sus hijos (Éxodo 10, 12). Un padre que instruye (Eclo 30:3), bendice (Gén. 27:27-30), corrige (S. 30:2), le da tiempo a sus hijos (Col. 3:21) y los ama (2 Sam. 19:1; Lc. 15:20). Para este paralítico había llegado el momento de redescubrir la belleza del Templo y gustar la bondad del Señor. Había caminado unas decenas de metros desde el estanque hasta el Templo. En pocos minutos pasó de una situación que lo mantenía atado a una cama y esclavo de lo que decía la gente sobre esa agua considerada milagrosa, al encuentro con una persona que lo da todo y le abre un horizonte mucho más amplio. Ahora ese paralítico puede levantar los ojos al cielo porque ya no necesita mirar en el fondo de una piscina.

Una experiencia entre muchas.

Estamos en el período de Cuaresma de 1981. En la Toscana, se bendicen las casas. Fui enviado, por unos días en misión, para ayudar a la comunidad de Montemurlo, en una parroquia muy grande. No muy lejos de la iglesia vivía un señor conocido por todos en el pueblo como comunista acérrimo y anticlerical profesional. En ese momento enfermó gravemente y no había esperanza de cura. Su esposa, una mujer muy piadosa, informó al párroco P. Albino Trameri de la situación. ¿Qué hacer? La esposa rezó para que su esposo, que había olvidado quién era Dios, pudiera morir “en la gracia de Dios”.

Una noche, el P. Albino y yo, en habito de calle, fuimos a visitar a la familia, y nos sentamos en la habitación del enfermo junto con otras personas que habían venido a mostrar su cercanía. Nada de oraciones, solo normales conversaciones. Dos días después volvimos; la misma escena. De vuelta en la casa parroquial, la esposa vino a informarnos que su marido había empezado a sospechar y se preguntaba si no seríamos sacerdotes, ya que nunca nos había visto antes. “Quiere verlos” dijo la mujer del enfermo.

Al volver a esa casa y entrar en la habitación, el enfermo nos dice a quemarropa: “Ustedes son sacerdotes; y bien, quiero limpiar mi conciencia antes de morir”. El P. Albino con un gesto pide a todos que salgan para poder escuchar la confesión. El enfermo detiene a todos y, en voz alta, dice: “Quiero confesarme públicamente porque soy un pecador público”. Aquel señor murió a los pocos días feliz y en gracia de Dios. Esa discreta cercanía de dos personas que nunca había visto antes logró despertar la conciencia de aquel comunista acérrimo y que detestaba de corazón a los sacerdotes. Dios hizo el resto.

Pensamientos del Beato Juan Pablo I.

A Cristo le interesa llevar la cercanía de Dios precisamente a los lugares y en las situaciones donde las personas viven, luchan, esperan, a veces en medio de frustraciones y fracasos.

No es el momento de detenerse, no es momento de rendirse, no es momento de amarrar el barco en la orilla y mirar hacia atrás...

Distanciarse de esa tristeza dulzona y de ese cinismo irónico... recuperar la esperanza que viene después del fracaso o el cansancio...

Ser peregrino es caminar hacia una meta o buscar una meta. Siempre existe el peligro de caminar en un laberinto, donde no hay una meta...

Una Iglesia en la que cada cristiano pueda sentirse hijo, no súbdito, amado, no “mandado”, miembro, no esclavo. Una Iglesia que vuelva a su maternidad original, quitando esas incrustaciones centenarias que corren el riesgo de transformarla más en madrastra que en madre. En definitiva, una Iglesia fiel al Concilio Vaticano II”.

Pistas para compartir en comunidad.

1. La comunidad en la que vivo ahora, ¿es una Betzata, es decir, una casa de misericordia o bondad? ¿Soy capaz de “considerar a mi hermano y a mi hermana en la fe como alguien que me pertenece, para compartir sus alegrías y sus sufrimientos”? ¿Sé “hacer lugar a mis hermanos, llevando las cargas unos de otros y rechazando rivalidades, arribismo, desconfianza y celos”? (RdV 96, a.d.; 84). Si no me levanto, no podré caminar.
2. ¿Alguna vez has tenido una experiencia similar a la del paralítico: pasar mucho tiempo sin ayuda? ¡O nunca la pedí o me la negaron! Tal vez era cómodo para mí quedarme en esa situación y poner excusas: “*Señor, no tengo a nadie (ningún hombre) que me sumerja en la piscina cuando el agua se agita*”. Si no quieres caminar, quédate acostado en tu cama (cf. RdV 104)
3. San Agustín dice que el deseo es la mano tendida para recibir el don: “*Dios ensancha nuestro deseo y, a través del deseo, ensancha nuestro corazón, ensanchándolo y haciéndolo capaz de Él mismo*”. Jesús, con su ejemplo concreto, nos revela el corazón del Padre, lleno de misericordia y compasión. ¿Presto atención a los más desposeídos? “*Los religiosos y las comunidades deben participar en las iniciativas en favor de los derechos humanos, la protección de la creación, la calidad de vida y la defensa de los más débiles*” (RdV 116). En mi ambiente de vida y misión, ¿quiénes son los excluidos hoy y cuáles son las formas de pobreza que yo excluyo? ¿Percibes signos de solidaridad a tu alrededor? ¡Ensancha la tienda!
4. ¡*Toma tu camilla!* La invitación es a no dejarnos bloquear por nuestra historia, por nuestras heridas, sino a llamarlas por su nombre, tomarlas de la mano y ser nosotros quienes las lleven. Estamos llamados a desear nuestra verdadera felicidad, aquella que se funda en el Evangelio. Si mi corazón no se abre al deseo de cambiar de marcha, corro el riesgo de pasar mi vida acostado, o abrumado por los acontecimientos, sin un destino preciso. Si me levanto, me doy cuenta de que puedo caminar, y si camino, podré encontrar la meta hacia la cual ir: entrar en la Casa de Dios, la Shekina, para abrazar al Padre que siempre me está esperando. (cf. RdV 78).

Religiosos del Sagrado Corazón, queremos mirar al futuro con fe, amor y esperanza. La gracia de Dios nos sostiene en nuestra misión de ser religiosos capaces, libres y abiertos. (Actas del Capítulo General 2023, n. 80)



Societas S^{mi} Cordis Jesu
BETHARRAM

Casa Generalizia via Angelo Brunetti, 27 • 00186 Roma • www.betharram.net